

*Y go a ti*  
Dona Ter



YYO A TI  
Dona Ter

©Y YO A TI, Dona Ter

Primera edición digital: Septiembre 2014. Amazon.

Registro Propiedad Vigo, agosto de 2014

©Diseño portada: EDC

### **Sinopsis**

Mel huye de la rutina y de su propia vida. Corre por los acantilados de la costa gallega cuando conoce a Yuri. Él está disfrutando de las últimas horas que le quedan antes de partir a la mayor aventura de su vida.

Compartirán una noche de tormenta refugiados en un faro. A la mañana siguiente cada uno coge un camino distinto que les llevará a hacer sus sueños realidad.

Ahora han pasado seis años y por casualidad se vuelven a encontrar.

¿Merecerá la pena a Mel arriesgar todo su mundo para acercarse de nuevo a él?

A mi tintorero de la luna, que confió en este proyecto antes que yo misma pudiera soñar con él, te quiero mi vida.

## PRÓLOGO

Seis años antes, aeropuerto de Madrid.

....

—Tiene que estar, hace solo unas horas que la dejé en su hotel.

—Lo siento señor, he vuelto a repasar la lista de huéspedes y como Mel, Melania, Melanie, Melinda... no hay nadie; si tuviera al menos su apellido...

—No tengo nada más; gracias y perdone las molestias.

Se había esfumado como el aire, no estaba ni en el hotel dónde horas antes la había dejado, ni en los otros, había llamado a todos y nada... desaparecida.

A punto estuvo de mandar a su abuelo a averiguar y descubrir su paradero, hasta que se hizo la pregunta «¿y luego qué?». No podía hacer nada. Estaba a punto de entrar en un programa de la NASA que duraba cinco años, todos ellos para hacer realidad algún día su mayor sueño: viajar al espacio. Si todo salía bien, viviría seis meses en la estación espacial ISS.

Todo su ser se sentía hechizado por ella, desde la cabeza a los pies. Incluso su alma luchaban por sentirla de nuevo a su lado; sus ojos por volver a verla; su mente para embriagarse de ella; el corazón para seguir descubriéndola y hacer más grande el espacio para albergarla.

En la punta de sus dedos aún podía notar el cosquilleo que había sentido al recorrer su suave piel, al jugar con su melena de fuego. En el estómago, en lugar de las conocidas mariposas, él sentía que había una filarmónica tocando el Himno a la Alegría... Todo ello le hacía saber que no era un sueño, había sido real, había sido la mejor noche de su vida y la mejor forma de despedirse antes de entrar en el programa.

## 1.

*Porque sin buscarte ando encontrándote por todos lados, principalmente cuando cierro los ojos. Julio Cortázar.*

Actualidad. León.

«—Déjame intentar ofrecerte ese mundo».

Con la pereza de un nuevo amanecer, sus párpados empezaron a revolotearse mezclando la imagen del sueño con la de su habitación, donde las primeras luces del alba se colaban por las esquinas de los postigos dibujando sobre las paredes, sombras confidentes de su desvelo.

Ahí estaba de nuevo, soñando con aquella noche. No le hacía falta sucumbir a los brazos de Morfeo para disfrutar de él. Era capaz de continuar la historia con los ojos abiertos sin problemas, era lo que llevaba haciendo estos últimos años.

Esas palabras resonaban en su cabeza con esa voz tan sensual, su olor a agua salada la envolvía como en aquella noche que marcó para siempre su destino, su futuro; su presente.

Su cerebro recurría a ella una y otra vez. Cuando su mente necesitaba desconectar, en los momentos de ansiedad, de soledad, buscaba esas palabras susurradas al calor de sus abrazos. En los mejores momentos de su vida, también recurría a ellas, a él, para hacerlo partícipe de su felicidad. Los truenos, el repicar de la tormenta sobre los tejados, todo parecía tener el don de transportarla al pasado, a aquel faro, a aquella noche.

El mismo faro que decidió tatuarse al día siguiente, había dejado huella en su alma, en su corazón, y a partir de ese día también en su piel.

Su sentido común, su juicio, aún no entendía como había pasado todo, cómo se pudo dejar llevar, pero como era normal en ella, mandaron los sentimientos y si algo tenía

muy claro era que no se arrepentía de nada y reviviría aquella noche todas las veces posibles. Ojalá pudiera repetirla.

Ojalá pudiera volver a sentir aquella sensación cuando él la abrazaba, sentada allí, entre sus piernas, con la cabeza apoyada en su pecho, dejándose mecer por el ritmo de su corazón, esa sensación de plenitud, de estar en casa. En ningún otro sitio era capaz de sentir esa paz.

Venía hacia aquí, no había llegado a la puerta y ya sabía que se acercaba, el sonido de sus pasitos corriendo eran inconfundibles. De un salto, se subió a la cama y se metió entre las sábanas.

—Buenos días mamá, ¿ya estás despierta? —le preguntó su hija acurrucándose a su lado y dándole un beso.

—Buenos días Vega. Sí ya estoy despierta y si no, con tu salto de gacela me habrías despertado.

—Lo siento, siempre olvido lo de no saltar —aquí estaba su regalo, su mundo, su felicidad.

Por mucho que durante años soñara con ser madre, nunca imaginó, por mucho empeño que pusiera, que su hija sería tal como era Vega. Divertida, cariñosa, lista, muy lista, con su mismo color de pelo rojizo y los rizos de su padre, con unos ojos verdes mezcla del tono de ellos dos, y una cara redonda salpicada de pequeñas pecas, como una noche estrellada que hacían que pareciera un hada, su hada.

La apretujó con fuerza hacia su pecho dejándole un camino de besos desde los cabellos, hasta la punta de la nariz. No existía un mejor despertar que ese.

—¿Tienes hambre? —preguntó Mel a su hija.

—¿Mami cuándo me he despertado sin hambre?

—Eso es verdad, venga vamos a por un desayuno tamaño XL.

De otro salto salió disparada hacia la cocina, era imposible que su hija fuera andando a ningún sitio. O saltaba o corría, lo de poca velocidad no iba con ella. «¡Vamos, como su madre a esas horas!» Se mofó Mel de sí misma.



Los primeros pasos la llevaron directa al baño, se lavó la cara, recogió su melena pelirroja en una coleta floja y se vistió con la ropa que tenía colgada detrás de la puerta — un short y una vieja camiseta de tirantes que ya había vivido su época dorada y que ahora solo servía para estar cómoda en casa— al terminar se encaminó hacia la cocina.

Que una niña de 5 años le gustase la cocina a veces podía parecer muy bonito y bucólico, las dos haciendo masa para galletas entre una nube de polvo de harina, pero su hija tenía el don de hacerla parecer un campo de batalla solo para preparar un simple bocadillo y un vaso de leche.

La cafetera ya estaba en marcha, por curiosidad miró hacia la puerta de la nevera donde habían colgado un calendario extra con los días que quedaban para el viaje y que la pequeña iba tachando cada día sin descuido, era lo primero que hacía al pisar esa estancia; ya solo quedaban cuatro días. ¡Que ganas tenía de hacer las maletas y viajar a Cinque Terre, Italia!

Claro que lo que la pequeña ansiaba era volver a encontrarse con los gemelos, sus amigos del alma. ¡Vaya trío que formaban!

Un *pip* le informó de la entrada de un mensaje en el teléfono.

<En diez minutos estoy ahí, he ido la panadería ;) ¡el *cappuccino* que sea doble!>

—Vega, es la tía, en diez minutos está aquí, ¡ha pasado a por los bollos!

—¡Guay! Voy a por tomates maduros! —de nuevo salió corriendo hacia la alacena.

—De paso, pasa por el baño y lávate la cara. ¡Las legañas te afean!

Era todo una presumida, no sabía de donde lo había heredado, «de la madre seguro que no» se dijo Mel. Para algunas cosas era tan mujercita y a la hora de jugar era la primera de echarse al barro..., así que el truco de “te afean” eran las palabras mágicas que utilizaba Mel cada vez que quería que la niña se aseara, cambiara de ropa... no

sabía si duraría mucho, pero de momento y desde bien pequeña funcionaba a las mil maravillas.

Se fue a abrir el ventanal para empezar a poner la mesa en el patio. La casa en sí no era muy grande. Estaba formada por dos plantas: la inferior con el garaje y una zona de lavandería. En la planta superior estaba la vivienda.

Había sido de sus abuelos y era su herencia, había pasado muchas horas de su niñez entre esas cuatro paredes, a veces aún le parecía ver a su abuelo dirigiéndose a esa misma alacena a buscar su tapita de jamón con su mosto, o su abuela en la cocina preparando algo que comer, «¡y que a mí no haya manera que me salgan las lentejas como a ella usando la misma receta, tiene narices!» pensó Mel.

Meses después de la muerte de su abuela y con Vega de camino, decidió convertirla en su hogar. Se fue al banco a pedir un crédito y se puso a reformarla: eliminó una habitación de las cuatro que habían e hizo las otras más grandes, las paredes del comedor y cocina que separaban las dos estancias, más las que daban al pasillo las derribó transformando toda esa zona en un espacio común con una cocina formada por una isla y muebles bajos de color blanco, la mesa del comedor en madera oscura estaba frente a los ventanales, y en el otro extremo, la sala de estar compuesta por una chimenea central rodeada de estanterías de diferentes alturas decoradas con un sinfín de fotos, libros, recuerdos de viajes, y un sofá chaiselongue enfrente. Las paredes de toda la casa eran de un color blanco roto pero lo que destacaba más era su decoración, decenas de fotografías de grandes instantes compartidos. Estaba encantada del resultado, había conseguido dar ese toque moderno y abierto que buscaba, pero con todos los detalles para que no fuera fría y pareciera realmente un hogar. También hizo nueva toda la instalación eléctrica, cambió ventanas, tiró la pared que daba al jardín para convertirla en una gran cristalera. Ahora era una casa con mucha luz, orientada al sur y al jardín el cual seguía igual, lleno de flores, con ese

perfume que hacía al salir, el mejor salón de aromaterapia del mundo.

—Buenos días Mel, te doy los huevos para ti y Valentina, y ya hasta que volváis.

—Buenos días Petra. ¿Qué tal vamos? Gracias. Espera que voy a buscar el monedero y ya te los pago.

Era la vecina e íntima amiga de su abuela, habían envidado las dos en la misma época y eso las había unido mucho. Era una mujer que parecía que los años no pasaran para ella. Tenía gallinas que eran como sus mascotas y su distracción como decía ella, cada semana les daba a ella y a Valentina media docena de huevos. Pero huevos de verdad de esos que la yema es amarilla como el sol.

Su hija y sus inseparables amigos gemelos la adoraban no solo por su simpatía y el cariño que transmitía, sino también por sus dotes culinarias. Durante años estuvo trabajando de cocinera en Francia y su repostería era exquisita, solía hacer un plato de crepes enorme que los niños —vale y las madres— se zampaban con chocolate o lo que encontrarán para merendar...

—¿Vega estará deseando reencontrarse con sus caballeros? —le preguntó Petra.

—Sí, aunque luego pasen el día peleando.

—Cosas de la vida, ni contigo ni sin ti —dijo Petra con una sonrisa pícara.

Siguieron hablando de banalidades, le pagó los huevos y se despidieron. Esa mujer tenía una parte de bruja, siempre terminaba con alguna frase que te dejaba pensando en qué quería decir con ello. Y esta vez no fue distinta.

—Si no nos vemos antes que tengáis buen viaje, no pienses tanto y deja que la vida te sorprenda —se despidió la vecina.

—Claro que nos veremos antes, pasaremos a despedirnos.

«No pienses tanto y deja que la vida te sorprenda» las palabras de Petra se repetían en la mente de Mel. Para va-

riar, no sabía a que se refería y si se refería a él... «¿Qué dejara de pensar en él? ¡Eso es imposible!» se dijo Mel.

Muchas veces entre ella y Tina habían intentado saber si tenía algún tipo de don, Petra siempre se reía, decía: “vaya ocurrencias tenéis, solo sé...” y con esa respuesta tan evasiva e inquietante las dejaba para que su imaginación hiciera el resto; fuera como fuera parecía que todas esas frases al azar tuvieran un sentido que muchas veces descubrían con el tiempo.

La pelirroja pensaba en ello mientras regaba el jardín al fresco de la mañana. Seguía guardando y cuidando con mucho mimo, ese trozo de parcela donde cultivaba las plantas medicinales, esas plantas para todo, como decía su abuela, tanto para un corte, una quemada, un dolor o su secreto de belleza. Ahí seguían floreciendo la lavanda, melisa, caléndula, romero, manzanilla, salvia... Ellas también se dedicaban a recoger del campo en primavera las que para muchos eran malas hierbas, como ortigas, malvas, milflores, hipérico... Algunas las ponían al secadero, otras aprovechaban la planta fresca conservando todas sus propiedades para hacer directamente el ungüento.

Vega había heredado esa pasión para las plantas y eran realmente gratificantes las horas que pasaban las dos dedicándose a la fitoterapia y ¡qué memoria tenía! Tan pequeña y ya identificaba las más usadas y era capaz de saber alguna de sus propiedades, esa inteligencia provenía de su padre. Ahí estaba de nuevo pensando en él y las comisuras de los labios le dibujaron una sonrisa reveladora. Su abuelo siempre le decía lo transparente que era, «Tu cara es como un libro abierto, pequeña».

—¡Hola, muy buenos días! —Valentina acababa de llegar. Venía cargada como siempre y se acercó a ella para cogerle una bolsa— ¡Como huele!

Llevaban años siendo las mejores amigas y se trataban como si fueran hermanas, se habían conocido en la clínica de fertilidad, las dos querían ser madres solteras. El caso de Tina era más complicado, así que como muchas otras muje-

res de Francia, Reino Unido o Italia, había acudido a España buscando ese tratamiento que solo conseguiría a través de ovodonación. Fueron muchas las veces que se encontraron en la sala de espera o en las charlas con la psicóloga. El dolor, la esperanza, los mismos síntomas y la misma locura hormonal, pronto las convirtió en dos almas que siempre iban juntas. Mel no había obtenido resultados, en cambio Valentina lo había conseguido, gracias al tratamiento de fertilidad, era madre de dos *piccolos*<sup>[1]</sup> gemelos, Max y Leo, tres meses mayores que Vega.

Al principio de su llegada a la ciudad, su amiga Tina había vivido al lado de una panadería de las de toda la vida. Poder degustar el pan recién hecho, eso sin hablar de toda esa bollería con ese olor a mantequilla... solo el aroma ya hacía crecer el número de la báscula y los centímetros en las caderas, eran unas amantes de sus bollos de pan, sobre todo los de centeno y avena.

Desde hacía tres años eran vecinas, puerta a puerta y nunca mejor dicho, a Valentina le encantaban esas casas. Cuando la señora Tomasa, le había dicho que ponía la suya esquinera en venta para poder irse a vivir cerca de su hijo y de sus nietos, pensó en Tina, sabía de su interés, además con la abuela eran íntimas, saber que ellas guardarían ese contacto le hizo decidirse a vendérsela.

—*Ciao bella*, ¿qué tal la semana? —saludó su amiga siguiéndola hasta la isla de la cocina depositando encima el capazo de la compra cargado hasta arriba con todos los ingredientes para hacer pasta fresca, un placer para el paladar, para eso era una pura sangre italiana. Cuando se giró, se la quedó mirando— ¡Ha vuelto a pasar!

Que su amiga se dedicara a la fotografía no le extrañaba en absoluto. Tenía el don de desnudarte con la mirada, de descubrir los colores de tu alma, y la capacidad de plasmarlo en sus fotografías.

—¿Eh... de qué hablas? — Mel prefirió disimular lo máximo que pudo o supo.

—Lo sabes muy bien. Has vuelto a soñar con él. Te delata esa sonrisa bobalicona.

—¿Pero qué dices?... —«¿tanto se me nota?», pensó Mel—. Bueno, vale, lo admito, sí, he vuelto a aquella noche.

—De verdad que me cuesta entenderlo, ya lo sabes. Con el porrazo de años que han pasado y aún es capaz de hacerte todo esto —dijo levantando la mano derecha acercándola a la cara de Mel y haciendo círculos en el aire—, solo un recuerdo.

—¿Crees que él... —carraspeó buscando las palabras— se acuerda de mí?

—No lo sé, ya lo hemos hablado —dijo Tina, quitándose el bolso y dejándolo sobre la espalda del tamborete—. A mí ya sabes que nada me sorprende en este mundo, pero *bella*, si él te recuerda una décima parte de lo que lo recuerdas tú, ya sería mucho más de lo que ha tenido mucha gente en toda su vida.

En ese momento salió Vega a su encuentro y saltó hacia su tía que la cogió al vuelo para darle un abrazo.

—Hola *zia*<sup>[2]</sup>, ¡por fin has llegado! Me muero de hambre, no he podido esperar y ya me he comido un plátano.

—*Buon giorno frugola*<sup>[3]</sup>, no sé por qué pero te creo. Venga, vamos a la mesa antes de que te derritas.

—Voy preparando los capuchinos y tu chocolate.

Dejándolas hablando, Mel se dirigió hacia fantástica cafetera regalo de Paolo, el hermano de Tina, en las pasadas navidades. Al saber lo adictas que eran las dos a esa bebida, decidió regalarles una a cada una. Era una máquina maravillosa, molía el café, preparaba expresos mejores que los de cualquier bar y dejaba la espuma de leche perfecta para degustar el mejor capuchino.

Le encantaba que su amiga le enseñara italiano a Vega, sabía que a esa edad eran como una esponja para el aprendizaje. Era fácil que en las conversaciones de los niños se mezclaran los idiomas, además del inglés que le enseñaban en la escuela; aunque la madre de Mel lo viera como un problema “eso la entorpece y dificulta que hable bien, donde se ha visto criar un niño con tres idiomas” —

aún podía oír su opinión tantas veces repetida—, para ella era enriquecedor, el saber es poder.

Además daba la casualidad de que los tres idiomas eran los nativos de su padre y de alguna forma quería que su hija los conociera; aunque ese detalle no lo revelara jamás.

De reojo vio como Valentina le vocalizaba un “no hemos terminado”, sabía lo que le esperaba. Cada vez era lo mismo. Entendía la preocupación de su amiga y el esfuerzo que hacía para que aquella noche se quedara para siempre en el pasado, pero no podía. Mel era feliz con su vida tal y como estaba, y no quería que nada ni nadie pudiera venir a enturbiarla.

—Bueno noticias frescas —dijo Valentina—, ya tengo todo listo para el viaje, tengo los billetes impresos. ¿Están listas estas *madonnas*<sup>[4]</sup> para conocer por fin Cinque Terre?

Desde que los niños tenían 2 años habían aprovechado las vacaciones de verano para descubrir zonas de Italia. Mel era una enamorada de ese país incluso antes de que dos de las personas más importantes de su vida fueran de allí, eso solo hacía darle un valor añadido.

Además toda la familia de Valentina las trataban como de su clan. Minerva, la madre de su amiga, siempre le decía que era como un ángel por haber ayudado tanto a Valentina cuando llegó a España para el tratamiento, siempre la llamaba su hija adoptiva y Vega simplemente era otra nieta a la que colmar de amor.

Eran de Castelvetro di Módena, un pueblo a unos quince kilómetros de la ciudad de Módena, conocida por su fábrica de Ferrari y su vinagre. La zona era espectacular, envuelta de bellos paisajes, donde se puede apreciar poco a poco el cambio desde las llanuras conocidas de la Toscana por zonas más agrestes hasta llegar al mar y la costa de Cinque Terre.

Normalmente pasaban unos quince días en la casa natal de Valentina, junto con su madre Minerva que vivía con